

• *Se abstiene, además, de todas las ocasiones peligrosas y espectáculos mundanos, y de aquellos lugares mundanos en que pudiese desdeñarse la presencia de un cristiano. Se priva definitivamente de la radio y televisión, transmisores del espíritu mundano; y observa cuidadosamente las restricciones impuestas por los sacerdotes en el uso de la computadora, del celular y de internet.*

• *Finalmente, se forma en el espíritu cristiano mediante lecturas instructivas: Catecismo del Concilio de Trento, Nuevo Testamento, Imitación de Cristo, vidas de los santos; y se aplica a difundir las buenas lecturas. Se previene asimismo contra toda la literatura mundana (periódicos, novelas, publicaciones imbuidas del espíritu del siglo); y reprime la curiosidad natural que lo inclina hacia las noticias del mundo.*

2º Conductas a nivel familiar.

La familia ha de ser un bastión donde reine plenamente Dios Nuestro Señor, y donde quede inexorablemente excluido todo lo que se oponga a la ley de Dios. Por ello, quienes están unidos por el lazo del matrimonio:

• *Observan las leyes del matrimonio en orden a tener una familia numerosa, en un espíritu de sumisión a Nuestro Señor. Renuncian por completo a cualquier acción positiva dirigida a no tener hijos, rechazando las máximas abominables que el mundo difunde en este ámbito.*

• *Hacen de la casa familiar un santuario consagrado a los Corazones de Jesús y de María, donde se rece en familia al menos la oración de la noche y, si ello fuera posible, también el Rosario; un santuario donde reine la vida litúrgica por la observancia de domingos y fiestas, y donde se rechace todo lo que pueda debilitar el alma de los niños: televisión, revistas indecentes, etc.*

• *Eligen colegios verdaderamente educadores y tradicionales, contribuyendo eventualmente a su fundación o mantenimiento; y son igualmente prudentes en la elección de las diversiones y de los lugares de vacaciones.*

3º Conductas a nivel social y profesional.

Todo católico debe difundir el espíritu cristiano por su ejemplo, de manera a coronar con su acción la influencia interior de la oración. Para ello:

• *Sigue el ejemplo de la Sagrada Familia y cumple con los deberes de justicia y de caridad, tanto si es empleador como si es empleado.*

• *Promueve y defiende el Reinado social de Nuestro Señor Jesucristo en la sociedad, y combate el liberalismo y el modernismo, peste de los tiempos modernos, que entregan la Iglesia al enemigo.*

• *Se mantiene: – en un espíritu de vinculación a la Iglesia Romana, a los Papas, a los Obispos; – en un espíritu de obediencia a las autoridades de la Iglesia que permanecen fieles a la finalidad propia de su cargo, que no es otra que la de difundir la fe católica y el Reino de Nuestro Señor; – y en un espíritu de vigilancia ante todo lo que pueda corromper la fe.*

Lucha contra el mundo o renuncia a las pompas del demonio

El demonio suele ocultar su acción detrás de su principal instrumento de seducción y conquista, que es **el mundo**, segundo enemigo de nuestras almas. Este mundo constituye la pompa o vanidad de Satán, consistente en las máximas falaces y empresas seductoras dedicadas a apartar a las almas de Dios. Consideremos ahora, pues, la perversidad y peligros del mundo, la obligación que tenemos de renunciar a él, y la manera de hacerlo.

1º Perversidad y peligros del mundo.

«El mundo está tan corrompido, que apenas puede uno acercarse a él sin hacerse partícipe de su corrupción» (PADRE CHAMINADE). Este carácter corrompido y corruptor del mundo proviene del espíritu que anima al mundo, que es el espíritu de Satanás. Por eso Nuestro Señor maldijo al mundo.

1º El espíritu del mundo es el espíritu perverso de Satanás.

Por «mundo» entendemos el conjunto de personas, doctrinas y empresas que, bajo la dirección suprema del demonio, trata de destruir radicalmente el reino de Cristo y de su Santísima Madre, y de sublevar la humanidad contra Dios, Señor supremo y fin último de toda la creación. Así como la Iglesia es el Reino de Jesucristo, el mundo es el *reino de Satanás* y verdaderamente la *iglesia del diablo*. Por eso Jesucristo llama a Satanás «príncipe de este mundo» (Jn. 12 31) y «padre de este mundo» (Jn. 8 44); y San Pablo le da el calificativo de «dios de este mundo» (II Cor. 4 4).

«Todo lo que la Iglesia hace mediante su doctrina, sus sacramentos, su culto y sus instituciones en orden a la santificación y salvación de las almas, el mundo lo hace, por sus máximas, escándalos, persecuciones y burlas, en orden a la seducción y pérdida de las almas. Una palabra lo resume todo: el mundo es **Satanás humanizado** para perdernos; es el gran recurso de Satanás, su arsenal, su ejército y el medio por excelencia de sus victorias. El le presta ojos para mirar, labios para hablar y sonreír, manos para trabajar, escribir y acariciar; él pone al demonio en medio de nosotros, lo sienta en nuestros hogares, y le entrega todo lo que nos concierne o puede influir sobre nuestras vidas» (MONSEÑOR CHARLES GAY).

Por eso hay una oposición radical entre el espíritu del mundo y el espíritu de Jesucristo. El espíritu de Jesucristo es el camino estrecho que lleva a la vida

eterna, mientras que el espíritu del mundo es el camino ancho del placer que lleva a la eterna perdición.

2º Anatemas de Jesucristo contra el mundo.

Jesucristo, a pesar de ser «manso y humilde de corazón» (Mt. 11 29) y misericordioso con los pecadores, trató muy duramente al mundo y lo maldijo, para que nosotros conozcamos su malicia y tengamos hacia él sus mismos sentimientos. En efecto, Nuestro Señor nos ha declarado:

- **«Yo no soy del mundo»** (Jn. 17 14). *Jesús estaba en el mundo, pero no pertenecía a este mundo perverso. Esto nos debe bastar: discípulos de Jesús, no queremos pertenecer tampoco al mundo al que Jesús no perteneció jamás.*
- **«¡Ay del mundo por los escándalos!»** (Mt. 18 7). *Esta palabra es una amenaza, una condenación y un anatema contra el mundo. Nuestro Señor nos enseña que el mundo nos empuja al pecado, que el escándalo es algo que le es propio; y por eso El lo maldice.*
- **«No ruego por el mundo»** (Jn. 17 9). *Jesús, que rogó por todos, aun por sus mismos verdugos, se niega a rogar por el mundo. ¡Qué horrible es quedar excluido de la oración de Jesús, única que puede salvar! ¡Qué horrible es, por lo tanto, pertenecer al mundo, indigno de las oraciones de Cristo!*
- **«El mundo no puede recibir el Espíritu de verdad, porque no le ve ni le conoce»** (Jn. 14 17). *Jesucristo declara de nuevo maldito al mundo al enseñarnos que el mundo es incapaz de recibir su Espíritu; es decir, es incapaz de recibir su gracia, sus virtudes, sus dones, sus inspiraciones... Por lo tanto, es un caso perdido, y no hay en él nada recuperable: está condenado de antemano.*
- **«Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a Mí antes que a vosotros»** (Jn. 15 18). *El único mal y la única desgracia en esta vida y en la otra es aborrecer a Jesús. Pues bien, Jesús acusa al mundo de aborrecerlo a El, y de aborrecer también a sus discípulos, por cuanto el mundo no puede soportar nada que lo recuerde.*
- **«En el mundo habéis de tener tribulación, pero no temáis: Yo he vencido al mundo»** (Jn. 16 33). *Nuestro Señor nos afirma finalmente que El ha venido a combatir al mundo, y que en ese combate lo ha vencido. Quien pertenezca al mundo será combatido y vencido por Jesús, porque no forma parte de su ejército, ni está bajo su bandera.*

DEDÚCESE DE TODO LO DICHO QUE ES IMPOSIBLE PERTENECER A JESÚS Y AL MUNDO: «Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en El», afirma San Juan (I Jn. 2 15); y el apóstol Santiago dice más enérgicamente aún: «Adúlteros, ¿no sabéis que el amor del mundo es enemigo de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Sant. 4 4).

2º Obligación de renunciar al mundo.

Lo que hace que el contacto con el mundo sea particularmente peligroso para todo hombre, es que cada hombre lleva en sí mismo la triple concupiscencia. Ahora bien, el mundo es la exhibición permanente de todo lo que puede excitar la triple concupiscencia; es el fuego en que se encienden y alimentan todas las

pasiones. De ahí la obligación fundamental para nosotros de romper con el mundo a título de cristianos.

Esta obligación de renunciar al mundo es una consecuencia del Bautismo: «El Bautismo nos ha incorporado a Jesucristo, quien nos asegura que El no es de este mundo, y que lanza sus anatemas contra el mundo. Entremos en sus mismos sentimientos y digamos con El: yo no soy de este mundo» (PADRE CHAMINADE). En efecto, por el Bautismo renunciamos, no sólo a Satanás, sino también a sus pompas y a sus obras.

Jesucristo formula explícitamente esta ley para todos sus discípulos: «Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que Yo os saqué del mundo, por eso el mundo os aborrece» (Jn. 15 19); «Padre..., el mundo ha aborrecido a los que tú me has dado, porque no son del mundo, así como Yo tampoco soy del mundo» (Jn. 17 14 y 16).

Los Apóstoles se hacen el eco de Nuestro Señor: • San Pablo dice: «El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gal. 6 14); • San Juan nos amonesta: «No améis al mundo, ni las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no habita en él» (I Jn. 2 15); • y el apóstol Santiago: «Adúlteros ¿no sabéis que el amor al mundo es enemigo de Dios? Cualquiera, pues, que pretende ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Sant. 4 4).

3º Práctica de la renuncia al mundo.

Ya que el mundo, para seducir a las almas, crea alrededor de ellas todo un entorno propicio para el pecado y para la libre difusión de sus máximas, el hombre interior debe proceder de modo semejante, aunque en sentido contrario: para renunciar al mundo, crear alrededor suyo una atmósfera netamente católica, que responda al espíritu de Cristo y lo lleve a vivir según sus máximas eternas. Todo eso puede lograrlo mediante conductas, ya a nivel personal, ya a nivel familiar, ya a nivel social.

1º Conductas a nivel personal.

• Ante todo, debe **mantener y cultivar el espíritu interior**, es decir, el espíritu de fe y de oración, antídoto supremo contra el espíritu del mundo: – por la lectura y meditación del Evangelio, para impregnarse del espíritu de Jesucristo, diametralmente opuesto al espíritu mundano; – por el ejercicio de la oración diaria: oraciones de la mañana y de la noche, rezo del Santo Rosario; – por la asistencia a la Misa de siempre y comunión frecuente, y la confesión quincenal o al menos mensual; – y por el uso de los retiros anuales y mensuales.

• Luego, debe **vivir su total Consagración a María**, manteniéndose bajo la protección todopoderosa de la Santísima Virgen cuando el deber lo pone en contacto con el mundo. María Santísima, que ha recibido una gracia especial para detectar las trampas del demonio, tendrá un cuidado particular en preservar de las mentiras e ilusiones del mundo a los que le pertenezcan a título de hijos. Nuestra Señora les transmitirá su odio y aversión hacia este mundo perverso, y les hará discernir el espíritu del mundo dondequiera que se introduzca.